

DE POETAS Y GENDARMES

El terreno artístico no es el campo en que el Partido está llamado a mandar.

LEÓN TROTSKY

LAS palabras que encabezan este párrafo fueron escritas por el gran revolucionario cuando, desde hacía más de un lustro, ocupaba la cumbre del poder. Bajo hombres como él la Revolución victoriosa amparaba a las artes y de ahí que en los años más duros del socialismo, en medio del hambre y del terror, la producción artística fuera tan rica y de tan alta calidad.

Mayakovski, Iesiénin, Pilniak, Babel, Meyerhold, Eisenstein y Pudóvkin añadían laureles al poder soviético. Sus obras se imponían en los países del Occidente.

La nota predominante en el arte era el sentido universal de la Revolución, por encima de toda patria, por encima de Rusia misma. Trabajar, luchar, morir por el futuro de otros, tal era la inspiración de los poetas.

Ejemplo característico de aquella época es un sencillo poema de Mijaíl Sviétlov, titulado *Granada*, que, aunque ya vertido al español, espera aún su traducción definitiva. Es una balada de la Guerra Civil, llena de ingenuidad popular: un escuadrón de caballería recorre las estepas cantando *La Manzanita*, una canción de guerra de nunca acabarse, con el familiar estribillo: «manzanita, manzanita, ¿a dónde ruedas? Cuando llegues a la Cheka ya no saldrás de allí.» Un solo mozo se aparta del coro cantando su propio estribillo: «Granada, Granada, Granada mía...»

Cuando le preguntan por el origen de esa canción exótica, el mozo explica que Granada es una ciudad española, que es un alto honor llevar un nombre tan hermoso y que él, ucraniano, ha dejado su choza y marchó al frente para devolver la tierra a los campesinos de Granada. Más tarde el mozo muere y sólo queda el estribillo. Un estribillo que morirá también tiempo después, al morir la Revolución que le dió vida.

Cuando la Iglesia nos enseña que lo que nos parece blanco es negro, debemos declararlo negro al instante.

IGNACIO DE LOYOLA

Mientras el comunismo era doctrina, partido y libre discusión se podía tachar a los bolcheviques de fanáticos y duros, nunca de necios. Lenin podía llamar renegado a Kautsky, pero no dejaba de reconocer el valor de las obras del renegado escritas antes de que lo fuese y seguía considerándole su maestro. Bujárin escribía el prólogo a la edición rusa de una novela anti-soviética de Ilya Ehrenburg porque la encontraba «una muy sugestiva sátira». Pero la doctrina se hizo dogma, el partido Iglesia y la libre discusión fué suplantada por la infalibilidad del Pontífice. A la dureza se sumó la necedad: nació la nueva Inquisición.

El Reloj es la historia de un niño ruso al que los azares de la revolución colocan al margen de la sociedad. Es un pillo, un ratero, un futuro delincuente. Pero entra en un reformatorio soviético dirigido con espíritu nuevo y vuelve a ser sociable y útil.

Es una historia sencilla, edificante y bien escrita. Se tradujo a muchos idiomas y en 1932 apareció también en Madrid. Pronto la edición se agotó.

A poco de estallar la revuelta de Franco se observó en el pueblo una avidez de lectura nunca vista bajo los regímenes de orden. Se editaban febrilmente libros de todo género y las tiradas eran las más altas de que había memoria. La antigua casa editora de *El Reloj* volvió a imprimir el libro.

Corría el año 1937. En Rusia acababa de revelarse que todos los antiguos colaboradores de Lenin eran espías fascistas. Todo parecía estar contaminado por el veneno de la traición.

El responsable ideológico de las publicaciones llamó al editor y le recibió con un ejemplar de *El Reloj* en la mano. Estaba indignado con la falta de vigilancia en la editorial donde se imprimían herejías dañinas a la moral del pueblo en guerra. El cuerpo del delito estaba marcado con lápiz rojo: era una somera descripción de una oficina donde el niño protagonista podía observar en la pared «retratos de Lenin y de Trotsky». La edición fué suprimida.

Similar suerte corrió otra obra de la misma editorial. Era el *ABC del Comunismo*, considerado generalmente como modelo en la exposición de la doctrina. El libro estaba agotado desde hacía años y existía gran demanda de él. Para satisfacer a los nuevos afiliados y responder al creciente interés general por todo lo ruso, se preparó una nueva impresión. Fueron 10.000 ejemplares y costaron un gran esfuerzo. No había papel, faltaba de todo, hubo que vencer muchas dificultades. Ahora estaban en la bodega, ringleras y ringleras de flamantes ejemplares de la obra fundamental para la comprensión del comunismo. Daba gusto mirarlos, pero su editor los contemplaba con melancolía. No sabía si iban a quemarse o convertirse de nuevo en pasta. El autor del libro, Nicolás Bujárin, acababa de ser desenmascarado como espía de Hitler. El responsable ideológico declaró la obra tabú. El *ABC del Comunismo* no volvió a circular más.

Dejemos que todos aquellos que puedan hacerlo, castiguen, maten y hieran, abierta y secretamente, pues debemos recordar que nada puede ser más venenoso, perjudicial o diabólico que un rebelde.

LUTERO

Ningún militante es capaz de precisar el momento en que su partido comienza a corromperse. Puede notar señales alarmantes, puede sentirse disgustado con la dirección. Puede incluso darse cuenta de que la tendencia general se aparta de los principios que le atrajeron al afiliarse. Pero le es extremadamente difícil dar con el instante que deba determinar su ruptura con la organización. Hasta en medio de las experiencias más amargas suele engañarse con la esperanza de que la degeneración sea transitoria, que hay que sacrificar la conciencia antes que amenazar la unidad necesaria para llegar a la meta. Así se somete y finge seguir la línea, se siente abyecto, pero aguanta. Y cuanto más aguanta, más cómplice se hace y menos autorizado se considera para protestar. Y cuanto más piensa, más difícil le resulta soportar la tensión. Ya no puede inhibirse en las demostraciones de lealtad al Jefe.

Tiene que manifestarla con creciente ostentación si quiere seguir siendo camarada. Ello conduce a crisis nerviosas, a agónías de vergüenza, a deseos de matarse, como en el caso referido por un militante:

En el año 1937 se celebró en Valencia un Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Llegaron delegados de todas partes del mundo, un elenco de escritores de vanguardia, para solidarizarse con el pueblo español en su lucha contra el fascismo.

El Militante estaba sentado en un palco oyendo los discursos. Dos hombres más ocupaban el palco. Eran dos cínicos, enemigos del Partido y el Militante los despreciaba. No les saludó al entrar e ignoraba su presencia.

En la tribuna, bajo los retratos de siempre, sucedíanse los oradores. Hablaban en alemán, en francés parisiense y belga, en inglés británico y americano, en danés. El público aplaudía al final de cada discurso porque no dudaba de su buena intención. El Militante aplaudía también, por cortesía y por solidaridad con los camaradas extranjeros. También batían palmas sus malvados vecinos.

Ocupó la tribuna un hombre alto y corpulento, de rostro sanguíneo. Era Alexis Tolstoi, el delegado soviético y fué recibido con una aclamación unánime. Habló en castellano y sus palabras fueron escuchadas con atento silencio. Pronunció un discurso como era de esperar — en Defensa de la Cultura — pero con un final abominable, policíaco, sin relación con la literatura ni con nada parecido, un ataque contra las hienas sangrientas, contra los «trotskistas» que debían ser denunciados, desenmascarados, exterminados... Su cara roja se volvía más congestionada, gesticulaba airado y levantaba un dedo acusador mientras se desgañitaba en anatemas y trueños contra los opositores a la sabiduría del Jefe.

Fué premiado con aplausos prolongados, delirantes, excesivos. El Militante aplaudía también bajo la mirada irónica de los dos vecinos cruzados ostensiblemente de brazos. El Militante pensaba que esa debería ser su propia actitud, pero un militante no puede seguir los impulsos de su conciencia individual. Se sentía cobarde y despreciable, tenía deseos de huir, de llorar, de morir. Pero aplaudía. Salió del teatro con la cabeza gacha, avergonzado ante los enemigos, avergonzado de sí mismo. Y al contarlo años más tarde, libre ya de la tutela oficial rusa, referíase a ello como una ignominia que no podría olvidar en su vida.